

EL MALETÍN NEGRO

C.M. KORNBLUTH

PREMIO RETRO HUGO 1950

Traducido, prologado y comentado por Rubene Guirauta

Historias abandonadas 02

EL MALETÍN NEGRO
Cyril M. Kornbluth
Premio Retro Hugo 1951

Historias abandonadas 02

Prologado y traducido por Rubene Guirauta

Título: El maletín negro

Título original: The little black bag

Primera edición: julio de 1950

Primera edición en español: marzo de 2021

Colección: Historias abandonadas 02

Traductor: Rubene Guirauta ([@RGuirauta](#))

Imagen de portada: *Cyborg Woman*, de Kai Stachowiak

**© Todos los derechos reservados sobre textos,
traducción y cubierta**

Prohibida la reproducción de cualquier parte de esta publicación, así como su transmisión o almacenamiento por ningún medio, sin permiso previo de los titulares de los derechos de autor.

Relato maquetado en formato A5 (148 x 210mm) para ser impreso como folleto, sin márgenes.

ÍNDICE

SOBRE <i>HISTORIAS ABANDONADAS</i>	5
SOBRE CYRIL M. KORNBLUTH	63
SOBRE <i>EL MALETÍN NEGRO</i>	69
OTRAS HISTORIAS DE GRAN INTERÉS	77
LAURALYN	78
EXPLORADORES DE CÓNCAVO	79
POR TI, JUGADOR NO-HUMANO	80
ENVÍENSE	81
EL HORROR DE VALSERENOSA	82
EL EMPUJÓN.....	83

EL MALETÍN NEGRO

Cyril M. Kornbluth

El progreso normal de una tecnología produce utensilios más y más simples, que implican principios más y más complejos. Y, por supuesto, precisan del usuario menos y menos...

El doctor Full sentía el invierno en sus huesos mientras bajaba cojeando por el callejón. Había elegido acceder por el callejón y la puerta trasera en lugar de por la acera y la puerta principal por la bolsa de papel marrón bajo su brazo. Sabía perfectamente bien que ni las mujeres de su calle, de cara inexpresiva y pelo enmarañado, ni sus maridos, desdentados y malolientes, se darían cuenta de si llevaba una botella de vino barato a la habitación. Todos ellos vivían así, alternándolo con whisky cuando las horas extras engrosaban las nóminas. Pero el doctor Full, a diferencia de ellos, se sentía avergonzado. Tuvo un incidente mientras cojeaba por el callejón lleno de basura. Uno de los perros del vecindario -uno negro, pequeño y mezquino al que conocía y odiaba, siempre enseñando los dientes y siempre gruñendo amenazador- se le arrojó a las piernas a través de un agujero en la valla de contrachapado que bordeaba el camino. El doctor Full retrocedió y lanzó su pierna en lo que debería de haber sido una contundente patada en las costillas del escuálido animal. Pero la artrosis hacía pesada la pierna. Su pie no pudo esquivar un ladrillo medio enterrado, y cayó de golpe, sentado, maldiciendo. Cuando olió a vino derramado y se dio cuenta de que el paquete de papel se le había resbalado por debajo del brazo y golpeado el suelo, las maldiciones se apagaron. El chucho gruñía y daba vueltas a una distancia de un metro, tenso y amenazador, pero lo ignoró en medio de aquel gran desastre.

Con los dedos rígidos, sentado en la suciedad del callejón, el doctor Full desdobló la parte superior de la bolsa de papel

marrón, doblada con habilidad de tendero. Ya había llegado el temprano crepúsculo del otoño y no veía con claridad qué podría salvar. Levantó la botella de medio galón por el asa, luego algunos fragmentos y finalmente el fondo de la botella. El doctor Full estaba demasiado preocupado como para alegrarse al notar que aún quedaba una buena pinta de vino. Tenía un problema, y las emociones las aplazaría hasta el momento adecuado.

El perro se acercó e intensificó el gruñido. Apoyó en el suelo el fondo de botella y le arrojó los fragmentos de vidrio triangulares de la parte superior. Uno de ellos hizo blanco y el perro se escurrió a través de la cerca, aullando. Luego, el doctor Full colocó el afilado borde del culo de la botella de medio galón en sus labios y bebió de ella como si fuera una taza gigante. Dos veces tuvo que apoyarla para descansar los brazos, pero en un minuto había engullido la pinta de vino.

Pensó en ponerse de pie y caminar por el callejón hasta su habitación, pero una oleada de bienestar ahogó la idea. Después de todo, era inexpresablemente agradable sentarse allí y sentir que el barro endurecido por la escarcha se ablandaba bajo él, o parecía hacerlo, y sentir cómo el invierno se evaporaba de sus huesos con el calor que se extendía desde su estómago hasta sus articulaciones.

Una niña de tres años con un abrigo de invierno corto se escurrió por el mismo agujero en la valla de madera desde donde el perro negro lo había emboscado. Sería, con el dedo índice

sucio en la boca, se acercó al doctor Full y lo inspeccionó. La providencia había completado la felicidad del doctor Full, que ahora tenía audiencia.

—Ah, querida —dijo con voz ronca. Y siguió—: acusaciones absurdas. «Si eso es a lo que ustedes llaman evidencia», debería haberles dicho, «es mejor que se ciñan a sus quehaceres médicos». Debí haberles dicho: «yo estaba aquí antes que su Sociedad Médica del Condado. Y la Comisión de Licencias Médicas nunca demostró nada contra mí. Entonces, caballeros, ¿no es razonable? Apelo a ustedes como compañeros de una gran profesión».

La niña, aburrída, se alejó, recogiendo uno de los trozos de vidrio para jugar mientras se marchaba. El doctor Full la olvidó de inmediato y prosiguió con seriedad para sí mismo: «Pero ayúdenme, no pudieron probar nada. ¿No tiene un hombre derechos?»

Reflexionó sobre la pregunta, de cuya respuesta él estaba tan seguro, pero sobre la que el Comité de Ética de la Sociedad Médica del Condado estaba también igual de seguro. El invierno volvía a metérsele en los huesos y no tenía ni dinero ni más vino.

El doctor Full fingió para sí mismo que había una botella de whisky en algún lugar entre el espantoso caos de su habitación. Era un truco viejo y cruel con que se engañaba a sí mismo cuando necesitaba energía para levantarse e irse a casa. Podría congelarse allí en el callejón. Los insectos le picarían en su habitación y

tosería por el hedor a moho del fregadero, pero no se congelaría y podría dejarse engañar por los cientos de botellas de vino que aún podría beber disfrutando de su contenido durante miles de horas. Pensó en esa botella de whisky... ¿estaba detrás de una pila de revistas de medicina? No, había mirado ahí la última vez. ¿Estaba debajo del fregadero, bien escondida detrás del desagüe oxidado? El truco cruel comenzó a escenificarse de nuevo. «Sí», dijo para sí con creciente entusiasmo, «¡sí, podría ser! Tu memoria ya no es tan buena», dijo con triste camaradería. «Sabes perfectamente que podrías haber comprado una botella de whisky y haberla dejado detrás del desagüe del fregadero para un momento como este».

La botella de color ámbar, el crujido del precinto al cortarlo, el placentero esfuerzo de girar el tapón en su rosca, y luego el intenso sabor en la garganta, el calor en el estómago, el oscuro y feliz olvido de la borrachera... se volvieron reales para él. «Podrías tener, lo sabes, ¡podrías tener!», se dijo a sí mismo. Con la convicción abriéndose paso en su mente, «¡podrías tener, lo sabes! ¡Podrías...!» Luchó por apoyarse en la rodilla derecha. Mientras lo hacía, escuchó un grito detrás de él y estiró el cuello con curiosidad, manteniéndose tumbado. Era la niña, que se había hecho un feo corte en la mano con su juguete, el trozo de vidrio. El doctor Full podía ver el brillo de la sangre que bajaba por su abrigo, acumulándose a sus pies.

Casi se sintió inclinado a aplazar la botella ámbar por la niña. Pero no lo pensaba en serio. Sabía que estaba allí, bien metida

hacia atrás debajo del fregadero, detrás del desagüe oxidado donde la había escondido. Se tomaría una copa y luego volvería generosamente para ayudar a la niña. El doctor Full se apoyó en las rodillas y luego en los pies, y avanzó veloz y tambaleante por el callejón lleno de basura hacia su habitación, donde buscaría con sereno optimismo al principio la botella que no estaba allí, luego con ansiedad y luego con frenética violencia. Arrojaría libros y platos antes de rendirse con la botella de whisky y, finalmente, golpearía sus nudillos hinchados contra la pared de ladrillos hasta que se le abrieran antiguas cicatrices y su sangre espesa y vieja le rezumara por las manos. Por último, se sentaría en algún lugar del suelo, gimoteando, y se sumergía en el abismal purgatorio de pesadillas que era su sueño.



Tras veinte dubitativas generaciones y de «cruzaremos ese puente cuando llegemos a él», el género *Homo* se había metido en un callejón sin salida. Los biometristas más obstinados habían señalado, con una lógica irrefutable, que los mentalmente subnormales estaban excediendo a los normales y supernormales y que el proceso seguía una curva exponencial. Todas las pruebas reunidas respaldaban los argumentos de los biometristas y conducían, inevitablemente, a la conclusión de que el género *Homo* se dirigía hacia un final absurdo y confuso. Si creen que esto tuvo algún efecto en las prácticas reproductivas, es que no conocen al género *Homo*.

Por supuesto, el hecho quedó de alguna forma oculto por esa otra función exponencial: la acumulación de dispositivos tecnológicos. Un idiota adiestrado para operar una máquina de sumar parece computar más hábilmente que un matemático medieval entrenado en contar con los dedos. Un idiota adiestrado para operar el equivalente del siglo XXI de un linotipo parece ser un mejor tipógrafo que un impresor renacentista limitado a unos pocos tipos móviles. Esto también es aplicable a la medicina.

Era un asunto que se complicaba por muchos factores. Los supernormales «mejoraban el producto» a mayor velocidad a la que los subnormales lo degradaban, pero estos dispositivos se producían en menor cantidad. La educación superior produjo extrañas manifestaciones en la vigésima generación. «Institutos» donde ningún miembro del cuerpo estudiantil podía leer palabras de tres sílabas. «Universidades» donde se expedían títulos como «Licenciado en Mecanografía», «Master en Taquigrafía» y «Doctor en Archivo de Expedientes» con toda la pompa tradicional. El puñado de supernormales que quedaban empleaba los dispositivos que desarrollaban en que la gran mayoría pudiera mantener una apariencia de orden social.

Algún día los supernormales cruzarían el puente sin piedad. En la vigésima generación estaban parados indecisos frente a él, preguntándose contra qué se habían estrellado. Y los fantasmas de veinte generaciones de biometristas se reían malignamente.

El que nos incumbe es cierto doctor en Medicina de esta vigésima generación. Su nombre era Hemingway, John Hemingway, doctor en Medicina. Era médico de cabecera, y no aguantaba tener que derivar a sus pacientes a los especialistas por cada dolencia insignificante. A menudo repetía estas palabras aproximadas: «Eh, lo que quiero decir es que tienes un buen médico de cabecera. ¿Sabes a lo que me refiero? Un buen médico de cabecera no dice que lo sepa todo sobre pulmones, glándulas y esas cosas, ¿lo pillas? Pero tienes un médico de cabecera, tienes, eh, tienes un, bueno, ¡tienes un tío para todo! Eso es lo que tienes cuando tienes un médico de cabecera, tienes un tío para todo».

Pero a juzgar por esto, no imaginen que el doctor Hemingway era un mal médico. Podía extirpar amígdalas o apéndices, asistir prácticamente en cualquier parto trayendo al mundo un bebé vivo e ileso, diagnosticar correctamente cientos de dolencias y recetar medicamentos o administrar tratamientos adecuados para cada una de ellas. De hecho, solo había una cosa que no podía hacer en la práctica médica, y era violar los antiguos cánones éticos de la profesión. Y el doctor Hemingway lo sabía demasiado bien como para intentarlo.

89G75F; I 9'9@5F7<=JC D5F5 DFCC9; I F @MB8C"
9GHã 9B': CFA5HC 9DI 6ZAC6=MD8: "
J5@ F9@ DC G#H 5A9BH9'G=@<5; I GH58C"

SOBRE CYRIL M. KORNBLUTH

La última cosa que descubrió es que la muerte es el fin del dolor.

Cyril M. Kornbluth, en *Marching Morons*



SOBRE *EL MALETÍN NEGRO*

Cualquier tecnología lo suficientemente avanzada es indistinguible de la magia

Tercera Ley. Arthur C. Clarke

El relato (más bien presentado como *novelette*, es decir, una narración algo más larga que un relato) se publicó en el número de julio de 1950 de *Astounding Science Fiction*, editada por entonces por el mítico John W. Campbell Jr., quien a tantos autores sacó a la luz y tan excelentes historias publicó. El título original fue *The little black bag*. A la luz del texto, he creído que la mejor traducción posible para *little bag*, en este contexto, sería «maletín».

El argumento es sencillo, casi simple. Un médico fracasado recibe un maletín médico con tecnología del futuro que le permite reivindicarse como médico. A su socia forzosa le puede la avaricia y conduce a los dos a la perdición. Sin embargo, los detalles y el trasfondo son complicados y, además, algo polémicos.

Esta historia es previa, y de hecho sirve de ambientación a una muy conocida obra de Kornbluth, *The Marching Morons* (1951), traducida al español como *La marcha de los imbéciles* o *Desfile de cretinos*. Probablemente hoy sería considerada políticamente muy incorrecta y no creo que muchos autores se

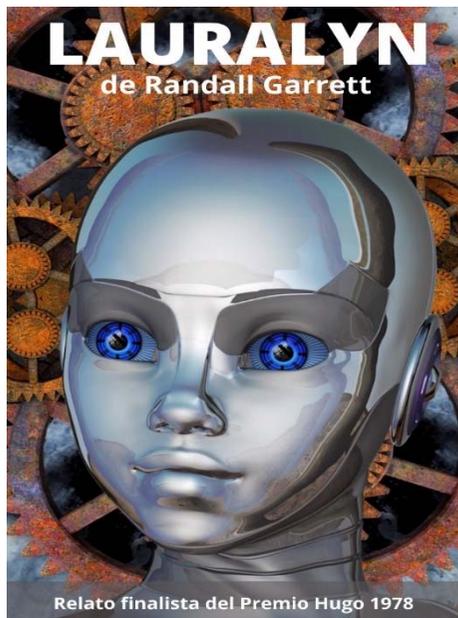
OTRAS HISTORIAS DE GRAN INTERÉS



Por profesión soy ingeniero de caminos. Por actitud, feriante ambulante. Tras residir durante muchos años en Guatemala (donde nació mi hermosa hija) estoy establecido en mi España natal, desde donde trabajo para el mundo en energías renovables (quizá así pueda, en tanto me gano la vida, conseguir un mundo un poco mejor). Autor de *El Horror de Valserenosa*, publicado en *El viento soñador y otros relatos* (Sportula, 2018), de *El empujón*, publicado en *Hijos de la Fundación* (Apache, 2020), de *Enviense* (Niña Loba, 2020), de *Exploradores de Cóncavo* (KDP, 2021) y *Por ti, jugador no-humano* (Lektu, 2021). Traductor diletante (traduzco la serie *Historias abandonadas*). Finalista del Premio Domingo Santos. Escritor excepcional, sin abuela.

LAURALYN

(Historias abandonadas 01)



<https://lektu.com/l/rubene-guirauta/lauralyn/16885>

A un apacible monasterio, situado en un pequeño planeta artificial, llega Lauralyn, una técnico enviada para poner al día el cerebro electrónico de la Orden. Llevará a cabo un trabajo formidable y revolucionario, que podría cambiar para siempre ya no el monasterio, sino toda la faz de la Galaxia.

Este relato fue finalista del Premio Hugo de 1978. Pese a su relativa antigüedad ha envejecido sorprendentemente bien.

OTRAS HISTORIAS DE GRAN INTERÉS

EXPLORADORES DE CÓNCAVO



<https://www.amazon.es/dp/B08V1XXW57>

Una colonia espacial lanzada a la órbita de La Tierra y olvidada para siempre. Los habitantes de Cóncavo, un cilindro que gira en el vacío, llegan a olvidar sus orígenes. Todo su Universo tiene 188 hectáreas.

Marianne, una joven inquieta, decide explorar los confines de su mundo.

Forma parte de la saga *Historias de Cóncavo*.

POR TI, JUGADOR NO-HUMANO



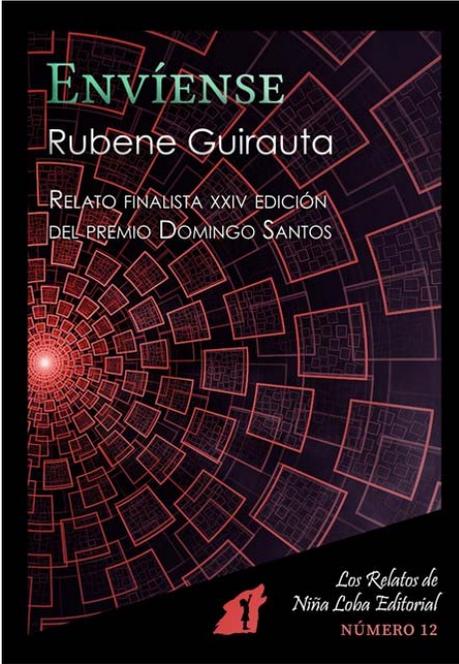
<https://lektu.com/1/rubene-guirauta/por-ti-jugador-no-humano/16667>

A Elon Musk una vez se le escapó esta frase: “hay una posibilidad entre mil millones de que estemos viviendo en la Realidad Base”.

Él sabe que la vida no es real, sino un gran Juego. Y lo sabe porque él es un jugador.

¿Lo eres también tú? ¿O eres tan solo un conjunto de bits autoconsciente que sirve de decorado para los auténticos jugadores? No te preocupes, en cualquiera de los casos, #Elon#Musk puede mejorar tu vida.

ENVÍENSE



<https://lektu.com/l/editorial-nina-loba/enviense/16053>

En un mundo superpoblado, escaso en recursos energéticos, un joven accede a una novedosa técnica consistente en destruir su cuerpo y enviar su mente a una colonia espacial donde, con suerte, será de nuevo «recorporizado».

Este relato fue finalista de la XXIV edición del premio Domingo Santos.

EL HORROR DE VALSERENOSA

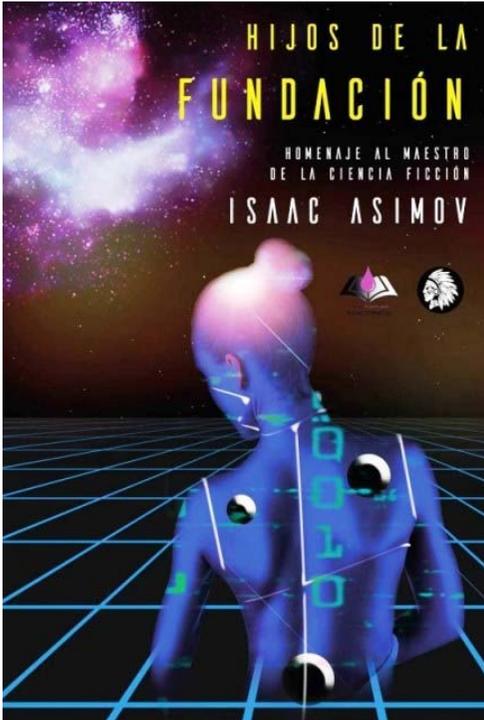


<https://lektu.com/l/rubene-guirauta/el-horror-de-valserenosa/16785>

Lluvias excepcionales hacen surgir, en plenos Monegros, a una criatura que atemoriza y asola toda la comarca.

Un homenaje a las criaturas ominosas y al horror cósmico de Lovecraft, creando una atmósfera para un cuento que bien podría, dada su adecuada prosa, tratarse de una crónica de época. (Sagacomic).

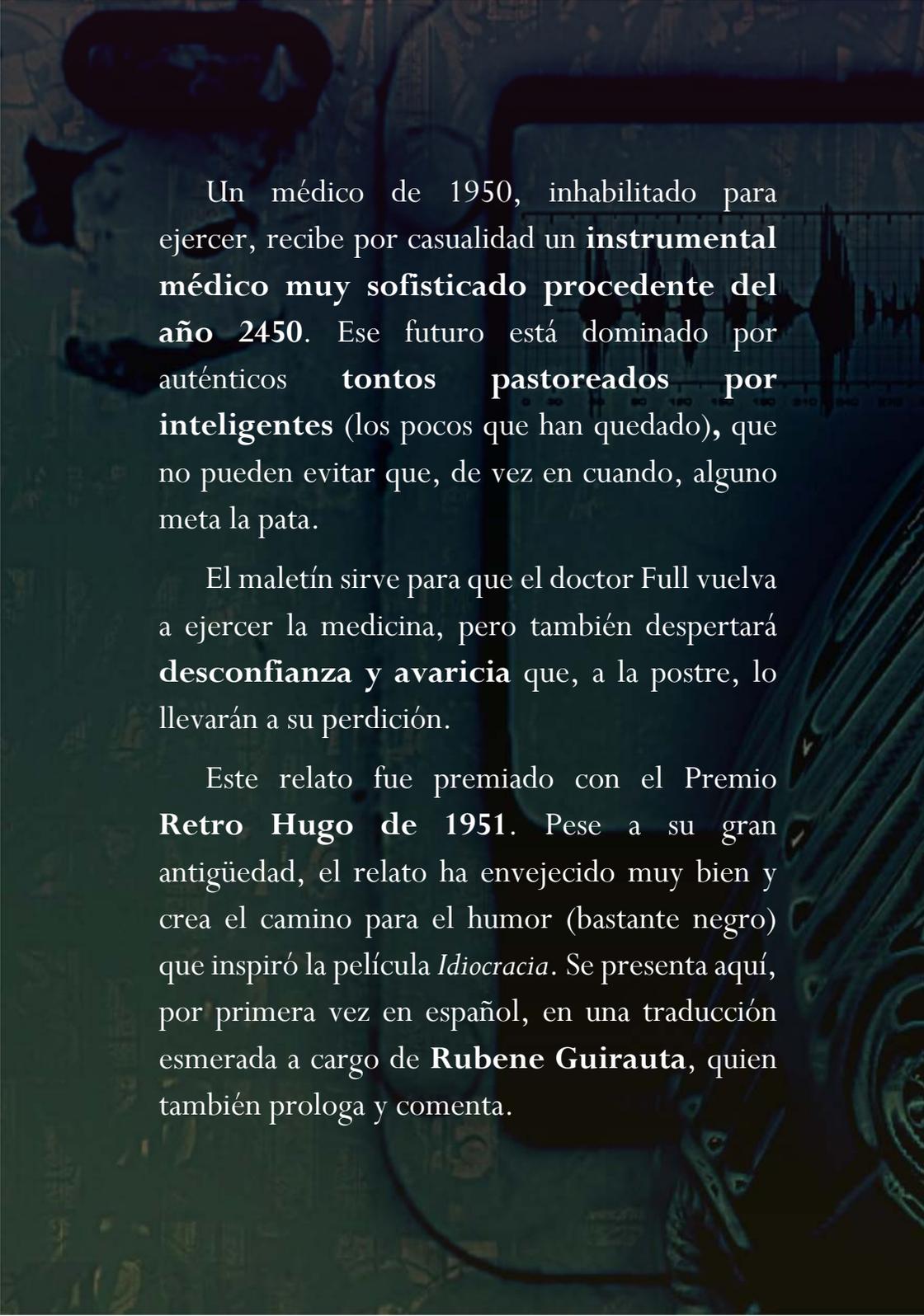
EL EMPUJÓN



<https://tienda.cyberdark.net/hijos-de-la-fundacion-homenaje-al-maestro-de-la-ciencia-ficcion-isaac-asimov-n254012.html>

Es un relato ambientado en la serie de La Fundación, de Isaac Asimov. Se sitúa cronológicamente al final de *Fundación e Imperio*. Cleón II, el Emperador, duda de qué hacer con Bel Riose, un general en ascenso que quizá pueda ser un traidor. Un suave empujón le ayudará a decidir.

Este relato recibió la Mención de Honor.



Un médico de 1950, inhabilitado para ejercer, recibe por casualidad un **instrumental médico muy sofisticado procedente del año 2450**. Ese futuro está dominado por auténticos **tontos pastoreados por inteligentes** (los pocos que han quedado), que no pueden evitar que, de vez en cuando, alguno meta la pata.

El maletín sirve para que el doctor Full vuelva a ejercer la medicina, pero también despertará **desconfianza y avaricia** que, a la postre, lo llevarán a su perdición.

Este relato fue premiado con el Premio **Retro Hugo de 1951**. Pese a su gran antigüedad, el relato ha envejecido muy bien y crea el camino para el humor (bastante negro) que inspiró la película *Idiocracia*. Se presenta aquí, por primera vez en español, en una traducción esmerada a cargo de **Rubene Guirauta**, quien también prologa y comenta.